

El Baluarte

Subscripción.—Sevilla: Un mes, 2 ptas.—
Un año, 20 ptas.—Provincia: Tres meses, 7/50
Ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado.
Número atrasado, 25 céntimos de peseta

DIARIO REPUBLICANO

REDACCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 289

Sevilla—Sábado 19 de Diciembre de 1903

AÑO XXVII

Triple Anís Balbontín (puro vino): 82 pe-
setas arroba.—Feria 100, Sevilla.—(Se lleva á ob-
micilio.)

SIN ATADERO

Esto no tiene remedio. Se disuelve, se aniquila, se consume en esta lucha de odios y pasiones á que se entregan los oligarcas que con tan mala fortuna han gobernado durante treinta años.

Gobiernos de tres meses, ministerios relámpagos, situaciones estériles, informadas tan sólo en negaciones. Ayer se levantó un Gobierno mediante una conjura, que es derribado por las aclamaciones de la mayoría, al hombre á quien la conjura hiciera naufragar.

Este sustituye á los conjurados, proclamándose él, á sí mismo, insustituible; y cuando apenas ha calentado el asiento de la poltrona, ya el oleaje del salón de conferencias anuncia la proximidad de la tempestad que se cierne sobre el ministerio, amenazando derribarle inmediatamente, no por disconformidad con su criterio, sino porque en el estado febril que se ha apoderado de las mayorías, no les sacia nada más que consumir situaciones y gastar hombres en plazo brevísimo.

Los republicanos empujaron á la situación pasada y consiguieron derribarla. Para acabar con la actual han bastado dos discursos de conservadores, tildando de intruso al olímpico Maura, y unas cuantas conferencias en los pasillos del Congreso; y un suelto de Silvela en el periódico conservador, dedicado á impedir el mensaje de sus amigos, ha concluido con la situación y con las Cortes, cuando ha afirmado que con las Cortes actuales no hay gobierno posible.

¿Se irá Maura como Villaverde? Dadas las gallardías del actual presidente, parece natural que intente derribar el templo, arrastrándolo todo con su caída, y que, con arrogancia, se presente ante las Cortes, primero para demandar sus votos, y si éstos le son adversos, ante el poder constitucional para demandar la ratificación de la confianza.

¿Nuevas elecciones para 1904? Está muy reciente el desastre de Marzo, y sería peligrosísima una nueva aventura en manos de Maura. A esto se preferirá una nueva interinidad que durará unos días; pero, en tanto, se gana tiempo, y aunque esto no le guste á un aristócrata que habla desde las columnas del *Heraldo*, parece, sin embargo, lo más viable, porque tampoco está sazonado el fruto liberal democrático, que al fin es una fracción del antiguo partido liberal, que tiene al lado otro núcleo, y enfrente la poderosa falange republicana, más compacta, más unida y más disciplinada que nunca, contra la que no podría luchar con fortuna el Gobierno que constituyera el señor Montero Ríos, de cuya situación nos es de esperar que apelará á procedimientos que la democracia condena, porque entonces no iría al Parlamento, ni siquiera á las elecciones, porque sería derribado antes por la opinión.

Esto no me gusta, dirá el aristócrata. Esto presenta síntomas de muerte. Esto se aniquila por sí mismo, se destruye y se hunde. Esto nos parece muy bien á nosotros, porque si no sucumben todo con el ministerio Maura, quedará tan quebrantado, que un pequeño esfuerzo será bastante para derrumbar lo que quede en pie.

A. A.

Murmuraciones

La *Correspondencia de España*, el diario de los misterios, anunció que un personaje conspicuo de la política había entrado en Palacio muy de mañana, por ejemplo, á las ocho, permaneciendo allí hasta las doce y media.

Es decir: cuando más, tomaría el desayuno; pero lo que es á almorzar, lo mandaron á su casa.

¿Quién sería? ¿Quién no sería?
El *Imparcial*, por opinión de Mariano Cavia, nos dirá que es posible fuera D. Quijote.

El *Globo* echará sus cábalas y le colgará la visita á Moret, su patrón.

El *Diario Universal* se creará que fué Romanones, aunque, según *La Correspondencia*, iniciadora del misterio, el personaje susodicho no cojeaba.

Total: cada uno pensará aquello que le convenga.

Y sin embargo, ó con embargo: yo, que estoy aquí, y que no me meto en esos berengales de la política de tapadillo, sé de manera certísima que el personaje aludido fué el señor Pidal, padre de catorce hijos católicos, y caballero cristiano que cobra, por diferentes conceptos, un buen puñado de miles de duros anuales.

¿A qué fué el señor Pidal al Palacio de Oriente á hora tan desusada y huyendo de la curiosidad de los reporters?

A coger tagarrinas no iría, porque allí no se dan.

¿A tratar de las cuestiones que se rozan con el Concordato y las asociaciones religiosas? Tal vez.

Quizá desde Palacio están oliendo ya la quema, y quieren abrir un poco las válvulas en sentido democrático, pero contando, desde luego, con el beneplácito de Roma, que no lo negará por lo que le conviene.

Por lo que se huele, no sería extraño que la tropa democrática que acaudilla el zorro de Lourizán con su Cirineo Canalejas esté abocada á subir al poder para gobernarnos el año 1904.

¡Caramba, me alegraría por lo que se relaciona con las *estrellas polares* de Sevilla!

Hay alguna que todavía debe al sastre los ternos que lleva usados durante el presente siglo.

Al llegar D. Alfonso á Madrid, de vuelta de su paseo á Portugal, se encontró en la estación, esperándolo entre la gente del coro, á D. Francisco Silvela.

—¿Cómo ese hombre aquí?—le preguntaría á Maura.—¿No se había retirado?

—Ese es como las calenturas malignas: ¡hace que se va, pero luego vuelve!—le contestaría.

Lo que es la preocupación!

Al coger un periódico de provincia y leer el título de un artículo que decía, en letras titulares, EL ÚLTIMO BORRÓN, le sin la menor duda: EL ÚLTIMO BORRÓN.

¡Y es que siempre está uno pensando en lo que desea!

Mi querido amigo D. Aureliano Albert, constante colaborador en EL BALUARTE, representante de este periódico en Madrid y notable jurisconsulto, dedícame ayer el editorial, sonsacándome para que celebre una interviú con D. Quijote y Sancho, puestos en moda por el sutil ingenio de Mariano de Cavia.

Como en otra ocasión lo hiciera con D. Antonio Cánovas, á quien visité en el Infierno en donde se halla, y quien me dijo un puñado de verdades, pretende mi cariñoso amigo que ponga á contribución mis ideas y escriba algo relacionado con el asunto.

No lo recuerdo bien, pero me parece que fué Sancho quien le decía á D. Quijote:

—Señor: dé el cántaro en la piedra ó la piedra en el cántaro, el cántaro es siempre el que pierde, ó el que se rompe.

En esta cuestión yo soy siempre el cántaro, y lo que se relaciona con el asunto del centenario de la publicación del *Quijote*, la piedra.

Sin conferenciar con D. Quijote ni con Sancho, presumo yo que me van á contar cosas tan estupendas, que milagro será que no den conmigo en el Juzgado de guardia.

Y, la verdad, como va uno ya cuesta abajo en el camino de la vida, llevando acuestas un saco lleno de desengaños que pesan como el plomo, le cuesta trabajo hacer de Jesús aquí donde hay tantos Longino dispuestos á darle la lanzada en el pecho ó donde puedan. Desde luego más abajo del pecho, porque al mío no alcanzan: está bastante alto.

Además: lo que se relaciona con el centenario susodicho aún no se ha desarrollado en toda su magnitud; hay que esperar á que se digan y escriban todo ese cúmulo de tonterías que siempre tiene almacenadas la inteligencia española, para, en su día, avalorarle todo y exponerlo también á la vista y consideración del amo y del criado, ó del caballero y del escudero.

Porque, si no lo hacemos así, estamos á pique de quedarnos sin lo único bueno que nos queda: *El ingenioso hidalgo D. Quijote de la Mancha*.

Eramos más valientes que el Cid. Comenzaron á escudriñar sobre la historia del Cid, y á buena cuenta hemos sacado lo que el negro del sermón: los pies fríos y la cabeza caliente... ¡y el Cid no se encuentra más que en el *Romancero*!

Perdido el Cid en los enredos de mentirosas historias, nos quedamos solamente con la valentía.

Lepanto, San Quintín y Otumba, han venido engriéndonos hasta... que se inventaron los cañones de repetición.

Vinieron los serracenos

y nos molieron á palos, y con más de cien mil vidas, y con más de cien mil millones, y con más terreno que nos ha quedado, perdimos la historia de nuestra proverbial valentía, y de allá, donde fuimos por lana, salimos traquilados.

Santiago no quiso aparecer sobre su caballo blanco, y nos dejó en las uñas de Weyler.

Total: que nos quedamos en el antiguo rincón, peleándonos unos contra otros, vizcainos con catalanes, gallegos con andaluces, y Castilla tragándonos á todos... ¡y los frailes bailando sobre nuestras costillas ó tendidos con la panza al sol!

Nos quedan Maura y D. Quijote. Maura se va, porque lo discuten. Nos queda D. Quijote.

Querido Aureliano Albert:

¿Quiere usted que zarendeemos á don Quijote para que también se nos vaya de entre las manos?

¿Pues no se ha enterado de que ya hay quien asegura que ni Cervantes estuvo en Argamasilla, ni sabía siquiera dónde comenzaba el primer bardal?

Cepos quedos, mi querido Albert. No es tan fácil inflar el perro de la tontería patria, y, como el loco del cuento de Cervantes, aunque tengamos la piedra preparada para arrojarla, debemos decir con él: —¡Guarda, que es podenco!

La princesa de Sajonia padece un terrible cáncer... ¡Qué disgusto me ha causado esta noticia importante!

El *Noticiero* de hoy asegura que se encuentran en Sevilla el jefe del partido conservador de Estepa y el alcalde de Osuna.

¡Ya decía yo!

En Sevilla hay más gente importante que la ordinaria.

¿Como uno no los conoce!

¡Bien venidos seáis, amigos!

¿Cuánto os han llevado por la noticia?

Los gobernadores de por ahí—el de aquí, no, ese está como San Jinojo en el cielo—imitando al gobernador de la villa y corte, también se han metido en prohibir que las señoras vayan con sombrero al teatro.

Pero, señor, ¡qué ganas de quitar atribuciones á los maridos, quienes son los que debieran arreglar esa cuestión!

—Si en España no son los maridos los que mandan, sino las mujeres...

No tenga usted mala lengua: eso sucede en todas partes.

Ello es que el teatro anda de capa caída y con poca ropa, porque las mallas son las que reinan, y con estas disposiciones lo que van á conseguir es que las únicas personas que van vestidas, se desnuden también.

Si consentimos que hoy los gobernadores manden en la indumentaria exte-

rior de nuestras mujeres, mañana se meterán en la interior.

Y vamos á leer el siguiente anuncio: "A la función de esta noche, y por orden del señor gobernador, Conde de Buena Esperanza, asistirán las señoras con ligas del Corazón de Jesús (color de chocolate chupado)."

¡Y eso es ya meterse en interioridades del hogar español!

El *Noticiero* de hoy publica el siguiente telegrama, que me ha dejado atónito:

"El doctor Cortezo, en unión de su hijo y de un ayudante, estuvo hoy en su despacho del Congreso vacunando á numerosos diputados y empleados de la casa."

Vacunándolos ¿para preservarlos de qué?

¿Se ha declarado alguna epidemia maligna en el Congreso?

En ese caso, ¿quién es el que la ha llevado?

¿García Alix?

Entonces ya sé lo que es:

¡Muermo!

CARRASQUILLA.

Cuento que parece historia

En una mañana de primavera, cuando el sol, con sus ardientes rayos, envía un beso de calor á la tierra, envolviéndola en ondas de irisada luz; en una de esas alboradas, en que los pájaros lanzan al aire sus más armoniosos trinos, sus más bellas melodías y cánticos más tiernos; en que la brisa, como arpa eólica, resuena al pasar á través de árboles y arbustos, melodías sublimes que conmueven el alma, y los arroyos murmuran cadenciosamente, y las flores orgullosas ostentan sus colores y perfuman el ambiente; en una mañana, en fin, como suelen cantar los poetas, cuando el sublime fuego los inspira, encontrábame yo en un hondo valle rodeado de altas montañas cubiertas de exuberante vegetación.

En el fondo del valle se elevaba un ruinoso y almenado castillo que tenía sus más importantes defensas desmanteladas; sus muros, caídos muchos y agrietados los más, que en pie quedaban, en los cuales germinaba y crecía la yedra, que solo vive de la muerte y ruina de los demás.

El constante rumor que llegaba á mis oídos, proviniendo del castillo, picó mi curiosidad en alto grado, y me aproximé á ver qué lo producía.

Conforme me acercaba, el rumor se acentuaba, crecía, hasta oírse confusamente voces destempladas, tranquilas conversaciones, gritos desgarradores, órdenes de mando, ruegos é imprecaciones, una Babel que se ocultaba á mis ojos al otro lado del castillo, y que anhelaba descubrir para darme cuenta de lo que pudiera producir aquella batahola; y corrí, y estático quedé al contemplar aquella barandada de hombres y cosas.

Un pequeño grupo de aquellos corrían desalentados llevando maderas y piedras, tierra y agua en cubos y espuelas, á otros que parecían dirigir aquel cotarró y que empleaban estos objetos en tapar, apontonar y enlucir mala y apresuradamente los enormes desperfectos y formidables brechas que en los muros había, y que, gracias á aquellos pequeños refuerzos, se sostenían un poco, aunque bien pudiera asegurarse que era milagrosamente.

Infinitas personas contemplaban aquellos trabajos, hablando con interés y acaloradamente algunos, fríos é indiferentes otros, con amarga é irónica sonrisa bastantes, y el hastío y desaliento retratados en el semblante de los más, apostrofiándose entre sí á veces, otras despreciándose mutuamente, y aun golpeándose algunas.

Entre las voces, denuestos y lamentos,

oianse confusamente famélicos gritos de niños y mujeres, que procuraban apagar otros aun empleando la violencia.

Sorprendido, absorto, completamente aturrido ante espectáculo tan extraño y anormal, me acerqué á un personaje de majestuoso aspecto, en cuyo semblante se traslucía la bondad, el talento y la grandeza, esa verdadera grandeza que produce el estudio, el saber, el pleno conocimiento de las personas y cosas que, aun encontrándolas chicas y ruines, sin despreciarlas, procuran elevarlas y engrandecerlas por la poderosa voluntad y titánicos esfuerzos de su prepotente genio.

Me acerqué á este personaje, que desde una altura contemplaba aquel maremagnum, y descubrí una ternura infinita en sus ojos cuando dirigía la vista sobre aquellos grupos que no tomaban parte en los inauditos trabajos de restaurar el ruinoso castillo, cuya mirada se tornaba penetrante, dura y amenazadora, cuando sobre el pequeño número de los que trabajaban se volvía.

—Señor—me atreví á preguntarle.—¿Queréis decirme qué hace esta gente aquí contemplando á esos otros, que procuran, aunque inútilmente, sostener, ya que no pueden restaurar, ese ruinoso y podrido edificio?

—Preste atención y escuche lo que dicen los que trabajan.

Siguiendo su consejo, oí á uno que, esforzándose en hacerse entender, decía:

—Dentro de muy poco tiempo verán ustedes cómo por medio de las importantes reformas que estamos haciendo, este que veis castillo se convertirá en grandioso palacio, capaz de albergarnos á todos en sus amplios y magníficos salones, donde viviremos feliz y cómodamente. ¿No veis cómo por nuestro talento y voluntad se afirman sus muros, se construyen otros, y, finalmente, no sólo se reforma todo, sino que también parece que se transforma, y esto solo en bien vuestro? Continúa, continúa acarreado materiales que nosotros empleamos con tanta eficacia.

Pero en esto, los que aportaban las maderas y mezclas, pararon su trabajo y, dirigiéndose á los que reformaban, dijeron:

—Dejadnos á nosotros, que ya es hora; bastante tiempo os hemos ayudado, y vemos que por vuestra ineptitud no adelantan las obras, y es necesario concluir pronto, á fin de que esta pobre gente que nos mira tenga albergue. Dejadnos, pues vosotros empleáis en los trabajos madera, piedra y tierra, y nosotros tierra, piedra y madera; lo que, como todos podrán comprender, no es lo mismo, puesto que invertimos el orden.

Entre los pocos que seguían con interés los trabajos, unos aplaudían con entusiasmo tan extraño discurso, mientras otros manifestaban su disgusto y desagrado.

—¿Es posible—decían muchos—que dejemos emplear en cosa tan inútil como es sostener lo que por caduco es insostenible, el agua, que es nuestra vida, la tierra, que produce nuestros alimentos, y la madera, que calienta nuestros hogares?

Y la mayor parte permanecía impasible é impávida ante aquel cambio de trabajadores hecho sin ninguna violencia.

Nuevamente supliqué á aquel personaje me explicara tan extraños discursos y aptitudes.

—Esos que ve usted que trabajan sin fe ni conciencia, lo hacen en virtud de un convencionalismo establecido para arrogarse un derecho ilusorio á continuar esos inútiles trabajos.

Aquellos pocos que aplauden ó desaprueban, son inocentes que por su candor no han perdido aún la fé.

Los que se oponen á que continúe obra tan dispendiosa é inútil, son hombres probos, de claro entendimiento, pero de escasa voluntad, pues su oposición, por ser verbal, es nula.

En cuanto esa masa neutra, inconsistente, indiferente y fría, que impasible contempla la obra, los materiales que se consumen y el relevo de obreros, preocupa mi espíritu y lo apena por su inercia y pasividad. En vano estudio, en vano inda-

go y rebusco el medio de hacerla sentir, y que palpita su corazón y que su alma se eleva y que la ardiente sangre de sus ascendientes circule nuevamente por sus venas y despierte, en fin, de su letárgico sueño. Pero mi fe es grande, mi voluntad infinita, y no desespero de conseguirlo en lejano plazo.

Por último, ese castillo, viejo, inútil y ruín, que por la inmutable ley del tiempo se derrumba poco á poco, y á pesar de los esfuerzos de ese pequeño número de obreros que en él trabaja y se alberga, es... ¿Qué? ¡La Monarquía!

AURELIO DE OLAVARRIETA.

Sevilla 18 Diciembre, 1903.

Los obreros y el cura Lázaro

Los convencionalismos egoistas y la condición servil son cualidades notorias que acusan la degeneración de la raza española. Somos un pueblo que parece llevar con gusto y honra el herraje del esclavo y la librea del lacayo.

Inclinarse ante el poderoso, recibir con agradecimiento sus latigazos, aplaudir sus estupideces, pagar con humillante sonrisa sus provocaciones, disimular y hasta justificar sus crímenes, fué siempre achaque del pueblo entusiasta de la Inquisición y feudatario del Papado romano.

Y lo extraño es que lo sea hoy, á la altura de los tiempos, fustigados por el genio de los progresos modernos, que empuja á los pueblos á la conquista de los inalienables derechos y dignificación de la humanidad.

Queda en España muy poco del catolicismo antiguo que caracterizó esta tierra. No lo tiene el pueblo; se mofan de él los altos figurones de la política; lo miran á lo más como prenda que viste bien los poderosos del dinero y de los pergaminos; la historia, la ciencia y la labor constante del espíritu moderno, ilustrando el pensamiento y descargando las conciencias de falsas y anticristianas preocupaciones, han hecho imposible el fanatismo religioso; apenas hay quien acepte en su totalidad el credo católico, y, sin embargo, son muchos los que se impresionan por el efectismo escénico de la religión, los que aceptan tomar en serio su aparato teatral y pagan, los que tienen á honra singular la visita del fraile, de sucia pezuña, y, sobre todo, el merecer la distinción de una sonrisa episcopal.

¡Oh! Esto de que un obispo se digne hablar con uno es ya el colmo del honor religioso de último resello y la gran patente de catolicidad.

A ello aspiran los políticos recién encumbrados; lo mendigan las figuras de la nobleza que carecen de la *idem*; los solicitan los adinerados por sorpresa, como justificación de sus usuras y atracos, y forma la delicia suprema de las perifoneadas damas, para adquirir patente oficial de mujeres de bien. La paternal y benévola sonrisa del buen obispo lo borra todo; sus apostólicas bendiciones tienen más virtud y eficacia que el ungüento amarillo; y con tal que suden dinero para el Papa ó para el culto de sus repletas arcas, se mandan al traste los principios severos de la moral cristiana y los mandatos del mismo Cristo.

El poderoso, el rico, adula al obispo moderno, encarnación típica del condenado fariseísmo; y el obispo, á su vez, adula y tapa las podredumbres de aquéllos, tendiéndoles el cubretodo de la religión, á cambio de dinero, de poder y de influencias.

Tengo para mí que el catolicismo está en las últimas, y que el golpe de gracia se lo dan los primates eclesiásticos, ellos que se llaman, porque sí, sucesores en línea recta de los apóstoles. ¡Qué sarcasmo! ¡Sucesores de los apóstoles!

¿Qué semejanza hay, qué relación puede existir entre aquellos apóstoles humildes, pobres, mortificados, intrépidos para el trabajo y el sacrificio, llenos de caridad y mansedumbre, y entre obispos como un Sancho y un Spínola, hinchados de soberbia, vestidos de seda, cubiertos de luciente pedrería, saturados de insultante riqueza, recostados en lujosos carruajes, banquetando en sibaríticas mesas entre da-

mas opulentas y complacientes, y tan feos como doña Tibia, y habitando suntuosos palacios?

¿Puede decirme quien lo sepa, el mismo Spínola, que debe saberlo, si fué ese el modo de vida usado por los apóstoles para convertir al mundo? De seguro que el aludido señor no podrá decir como San Pedro, según he oído: No tengo oro ni plata; aunque contestar pueda lo que sabemos todos, que una cosa es predicar y otra dar trigo.

Y á propósito de Spínola. Sin duda ese arzobispo ignora, aunque sea uno de los apóstoles sucedidos, obligado por eso mismo á la humildad y caridad más que los que no tenemos tan santa procedencia, que un sacerdote perteneciente al real sacerdocio, como dicen ellos, el presbítero don Francisco Martín Lázaro, á pesar de su realeza y dignidad divina, idéntica á la del arzobispo, ejerce el humilde oficio de peón de albañil en una obra de Triana.

Y debe ignorar, asimismo, nuestro virtuosísimo y caritativo Spínola, que el tal sacerdote ha llegado á tal extremo, obligado por el hambre, cansado por la cruel é incesante persecución de un apóstol no original, sino sucedido; como igualmente ignorará que uno de estos días el referido sacerdote albañil, que por añadidura es casi ciego, tropezó, llevando una carretilla cargada de escombros, cayendo al suelo y abriéndose honda brecha en la frente, con tanta abundancia de sangre, que alarmó á los que presenciaron aquella lastimosa escena.

Algunos creyeron oír una voz del cielo que resonaba atronadora sobre el Palacio arzobispal y que decía: "¿Qué has hecho, Spínola? La sangre de tu hermano clama á mí desde la tierra."

Debe ignorar todo esto el elevado primado eclesiástico de Sevilla, porque, de no ser así, hubiera ya depuesto, á vista del ensangrentado sacerdote obrero, la venganza y la soberbia, y de acuerdo con los mandatos de Cristo, le tendería, generoso y cristiano, el pan y los brazos.

Donde falta la caridad falta la religión, no puede estar Jesucristo.

Recuerde el señor Spínola lo que dice el Evangelio; aquel herido en el camino de Jericó, y confesará con Cristo y conmigo, que la caridad y la religión, no estuvo de parte del sacerdote ni del levita, sino del Samaritano, que lo fué, en el caso de Martín Lázaro, el piadoso obrero, aquellos compañeros de trabajo y de persecución del lastimado presbítero, los que lavaron con ternura sus heridas y abrigaron su estómago desfallecido. Para éstos fueron las bendiciones de Dios, así como serían sus maldiciones contra el corazón duro y cruel, causante de aquella inhumanidad.

No deben olvidar los obispos que no está la Magdalena para tafetanes, esto es, que gracias á los tiempos y las bendecidas liberdades, no pueden ya gobernar como cabos de presidio, sino inspirados en la humanidad y caridad de Jesucristo.

El que contra viento y marea se empeña en seguir el camino antiguo, se estrellará contra su propia arrogancia y no tendrá nada de apóstol y menos de Cristo, del que será negación impía y ridícula caricatura.

Al autor de estas líneas le tiene sin cuidado que existan curas y arzobispos; pero desea que, ya que se les paga, sirvan de honor y utilidad á la sociedad y no sean insultos á la desgracia y motivos de escandalosos é irritantes desafueros.

J. VALENTÍN DELGADO.

EL CARTEL DE FERIA

En el asunto referente á la adopción de un boceto para el cartel anunciador de los festejos de Abril y estampación de aquél, llevöse todos los años un camino extraviado y perjudicial para los intereses municipales, que sufrieron, por favoritismos y bondades incomprensibles, lesión importantísima.

El camino emprendido este año, sobre ser malo, es ilegal. Asombra la frescura con que el Alcalde y los ediles ceden atribuciones que solamente puede tener el Municipio, á Centros y personas desligadas en absoluto de todo cargo oficial.

En el Cabildo celebrado ayer por la Corpo-

ración municipal fué leído un oficio del Centro de Bellas Artes agradeciendo al cabildo los acuerdos por él adoptados respecto á su intervención en la confección del cartel de fiestas para el año próximo y el siguiente.

Acerca de este asunto habló el señor Peña (ya pareció la madre del cordero!) y habló tras el sillón presidencial, ocultándose á la vista del público. ¿Qué dijo el exsecretario del Ateneo? Pues que se le diesen atribuciones al Centro de Bellas Artes para que hiciera gastos (sin exceder, se en un céntimo á lo invertido en años anteriores) para la confección del cartel anunciador de los festejos primaverales y exposición anual de obras pictóricas, á las que se unirán en la próxima primavera, cuantos bocetos de cartel presenten los artistas que concurren al certamen.

El joven concejal doró bien la píldora, pero cuantos conocen lo acaecido y el dinero que nuestro Ayuntamiento malgasta anualmente en la estampación del repetido cartel, vieron la jugada, y los comentarios que del hecho hacen dejan bastante malparados al señor Checa y á todos los muncipes que candidamente ceden, faltando á la ley, atribuciones de la sola competencia del Municipio.

Y que en este asunto hay una inmoralidad no lo decimos solamente nosotros; lo dice también *El Progreso*, del que copiamos las siguientes líneas:

«La Comisión provincial parece que informó ayer al señor Gobernador, favorablemente, la decisión del Ayuntamiento de Sevilla para que se exceptúe de la formalidad de sus subasta la ejecución del cartel de los próximos festejos de Abril.»

No recordamos nada que se parezca á lo que viene ocurriendo en el asunto desde hace algún tiempo, porque no es posible que se den casos en que más descaradamente se barrenen los preceptos de la ley.

Solo resta la esperanza de que el conde de Buena Idem se fijara en ese chanchullo y le pusiese el veto.

Pero, ¿lo hará?

Desconfiamos.

Tiene mucha razón en desconfiar el diario fusionista. El sabe lo ocurrido hace tres años, cuando la estampación del boceto del señor Bilbao, y le consta como á nosotros, que en aquella ocasión se lesionaron los intereses del pueblo, por un capricho del señor Checa; en cantidad superior á tres mil pesetas. En aquella ocasión la importante casa litográfica del señor Portabella (a de mayor crédito en España) ofreció hacer la estampación del cartel en tres mil quinientas pesetas; sin embargo, pidióse como ahora la exención de subasta para cederlo á la casa Ortega, de Valencia, que cobró por el trabajo que Portabella hacía en tres mil quinientas pesetas, más de seis mil. Esa es la honrada administración del señor Checa; así es como este alcalde mira por los intereses de la ciudad.

Y decimos nosotros ahora: se ceden al Centro de Bellas Artes seis mil pesetas para la confección del cartel. Dicho Centro sacará á concurso el trabajo entre las casas tipográficas que en España existen, y es seguro que alguna de esas se comprometa á ejecutar el repetido trabajo en la mitad del dinero cedido por el Municipio. Y si eso ocurre, como ciertamente ocurrirá, ¿á donde irán á parar las pesetas restantes? ¿Por qué se han de lesionar caprichosamente los intereses del pueblo?

Parece increíble que entre todos los concejales que forman la Corporación no haya habido uno que levante su voz protestando contra ese hecho, que no necesitamos calificar porque él solo se califica.

Dice también *El Progreso* que no nos oírán, como afirmábamos, los sordos, porque no hay peor sordo que aquel que no quiere oír. Perfectamente; pero tendremos la satisfacción de haber puesto públicamente el *inri* á la funesta administración de los Checas, Ayala y Juliá de la conservaduría sevillana.

¡Todos son iguales!

¿TOS? Jarabe UTOR

ALMAS

Las luces de las farolas, parpadeaban temblorosas entre las primeras brumas de la noche triste y helada.

Por el paseo casi desierto, ella y él avanzaban lentamente, lentamente, como oprimidos bajo el peso de un amor imposible.

Su conversación era lánguida, soñolienta, con pausas largas y bruscas interrupciones.